

# LA DEBORA DEL CRISTIANISMO.

P. Miguel Selga, S. J.

Hubo una época en que caballeros andantes lucharon por reinos y bienes terrenos y aventureros fugosos se lanzaron a mares no surcados y a continentes desconocidos. La época, en que vivió Teresa de Jesús, contempló los caracteres endiosados de un Javier que se lanzó a la conquista espiritual de la India y del Japón, de un Ignacio de Loyola que levantó un ejército para extender la mayor gloria de Dios a todos los confines de la tierra, de un Francisco de Borja que abandonó los palacios ducales y Cortes regias para abrazarse estrechamente con la pobreza de Cristo, de un Juan de Avila que enfervorizó los pueblos de Andalucía con su predicación evangélica y ejemplo apostólico, de un Canisio que con sus sermones y escritos apoloéticos enfrenó el ímpetu de la Reforma Protestante que amenazaba apoderarse de Alemania. Estos héroes de la humanidad, columnas de la verdad y rectitud, que tratan de la reforma y perfección de la vida propia y se aprestan a una acción mancomunada contra los estragos del falso misticismo y de la pseudo-reforma protestántica, contemplativos en el recinto interior de su alma, dinámicos en las empresas que acometen, constituyen la pléyade de paladines de la Iglesia Católica, entre los cuales irguióse majestuosa, Teresa de Avila, la *Débora del Cristianismo*, en frase de Gregorio XV.

Vida muy santa llevaba Teresa en el Monasterio de San José de Avila, preparándose allí para una de las más importantes luchas de la Cristiandad. Noticiosa de los daños que los Luteranos causaban en Francia, grandemente afligida, a una con sus monjas suplicaba al Señor remediara tanto mal y ofrecía sus oraciones y penitencias por los defensores de la Iglesia. Mil vidas daría ella por una sola alma.

Por aquel entonces llega a hablarle el Franciscano Alonso Maldonado recién venido de las Indias Occidentales platicando a las religiosas sobre los millares de almas que allí se perdían y exhortándolas a la penitencia. Teresa deshecha en lágrimas pedía insistentemente a Dios fuera ella alguna parte para remediar la ruina de tantas almas. "Espera, hija, y verás grandes cosas," le dijo el Señor consolándola. Esas grandes cosas serían la fundación de nuevos Conventos y la reforma de la Orden Carmelitana. El P. General Rubeo la autoriza para fundar nuevos monasterios de religiosos, bajo la regla primitiva. Y he aquí a Teresa, a los cincuenta y dos años, fundadora y reformadora, "una pobre monja descalza," dice ella misma con su habitual gracejo "sin ayuda de ninguna parte, sino del Señor, cargada de patentes y buenos deseos y sin ninguna posibilidad, para ponerlo por obra." No obstante el milagro se obró, no solo, sin ninguna ayuda humana, sino en contra de los hombres y contra todo el infierno, surgiendo los conventos como por encanto, bajo la acción de la santa y llevándose a cabo su reforma. En sus fundaciones principalmente es donde se manifiesta todo el carácter tan contemplativo, como dinámico de aquella mujer extraordinaria; "¡Qué mezcla tan singular nos ofrece de una ardiente mística y de una fría mujer de negocios! Es una mujer de doble fondo, una contemplativa fuera del mundo, e igualmente un hombre de estado: es el Colbert femenino de los claustros. Jamás hubo mujer, ni obrera de precisión tan perfecta, ni tan poderosa organizadora."

No son para reducidos a cifra los trabajos, contratiempos, dificultades, perse-

cuciones que en su empresa le salieron al paso, ni las grandes molestias, sufrimientos y peligros de sus viajes por diversas provincias con fríos, lluvias, nieves, calores, graves enfermedades y dolores, recias calenturas y absoluta pobreza, a veces "sin una blanca." Sobre todo veíase murmurada de los buenos, ofendida con las más infamantes calumnias, mortificada con quejas al trono, a la Nunciatura Apostólica, a la misma Roma. No todas las fundaciones habían de ser como la de la Villa de Malagón donde las monjitas, con los velos delante del rostro y capas blancas, fueron recibidas en procesión por la clerecía y acompañadas por el pueblo a la iglesia del lugar, "donde se predicó y desde allí se llevó el Santísimo Sacramento a nuestro monasterio." Fundaciones hubo, donde a casa ofrecida tenía demasiado poca limpieza, y mucha gente del agosto, como que no pasaba de un portal razonable y una cámara doblada con un desván y una cocinilla: en este esqueleto de monasterio inicia la vida reformada el P. Antonio, provisto nada menos que de cinco relojes, cuando aun no tenían donde dormir. Habrá en Toledo personas autorizadas a quienes les sobran los regalos: para la primera fundación de Teresa y sus monjitas "no hay más que dos jergones y una manta; ni hay una seroja de leña para asar una sardina. A las noches se pasaba algún frío que le hacía-aunque con la manta y las capas de sayal que traemos encima nos abrigamos. "No pongo," advierte la Santa, "en estas fundaciones los grandes trabajos de los caminos, con fríos, con soles, con nieves, que venía vez no cesarnos en todo el día de nevar, otras perder el camino con hartos males y calenturas." No siempre eran nieves, que en el viaje a Sevilla la Madre Fundadora con seis monjas, cubiertos los rostros con grandes velos, blancas capas de sayal y alpargatas, experimentaron calor muy más importuno que el de Castilla, que dando todo el sol en los carros era entrar en ellos, como en un purgatorio, sin